

Evangelio del viernes: Jesucristo brilla en lo pequeño

Comentario al Evangelio del viernes de la 3.^a semana del tiempo ordinario. “El Reino de Dios viene a ser como un hombre que echa la semilla sobre la tierra, y, duerma o vele noche y día, la semilla nace y crece, sin que él sepa cómo”. Una vida plena no es la de alguien que hace cosas grandiosas por sí mismo, sino de quien a unido a Cristo, hace de las cosas ordinarias, extraordinarias.

Evangelio (Mc 4, 26-34)

Y decía:

— El Reino de Dios viene a ser como un hombre que echa la semilla sobre la tierra, y, duerma o vele noche y día, la semilla nace y crece, sin que él sepa cómo. Porque la tierra produce fruto ella sola: primero hierba, después espiga y por fin trigo maduro en la espiga. Y en cuanto está a punto el fruto, enseguida mete la hoz, porque ha llegado la siega.

Y decía:

— ¿A qué se parecerá el Reino de Dios?, o ¿con qué parábola lo compararemos? Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra; pero, una vez sembrado, crece y llega a hacerse mayor que todas las hortalizas, y echa ramas grandes,

hasta el punto de que los pájaros del cielo pueden anidar bajo su sombra.

Y con muchas parábolas semejantes les anunciaba la palabra, conforme a lo que podían entender; y no les solía hablar nada sin parábolas. Pero a solas, les explicaba todo a sus discípulos.

Comentario al Evangelio

El Reino de Dios es una simiente pequeña que crece, con un ritmo propio, madurando, hasta hacerse espiga rebosante, árbol frondoso donde surge la vida.

Con estas dos parábolas el Señor nos anima a confiar en Él, y no en nosotros mismos, en nuestras fuerzas, en nuestros éxitos.

Es Él quien da el incremento, quién dentro de nosotros, nos hace madurar hasta hacer de nuestra vida un árbol frondoso que da sombra apacible a quien viene a nuestro lado.

Acoger el Reino de Dios es, así, acoger algo que no entra en nuestra lógica, en nuestro modo de pensar cómo funcionan las cosas. Tiene su lógica propia, su fuerza intrínseca. Va más allá de nuestros esquemas, dimensiones y medidas.

Porque empieza por lo pequeño.

Como Jesucristo, que se hizo pequeño, niño en los brazos de una madre. Él es la simiente caída en tierra, que muere y da fruto abundante. Él es el único que puede salvar a aquellos que se ponen a su lado, el único que nos hace crecer y madurar.

La vida de un cristiano no es la vida de alguien que hace cosas grandiosas por sí mismo, del aplauso, del éxito inmediato. Más bien, comienza con una pequeña simiente, cuya fecundidad depende de la unión con Cristo. Él nos espera en lo pequeño de nuestro día a día.

Como recordaba san Josemaría, “hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir. (...) Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios” (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, nn. 114 y 116).

Se trata de confiar, de dar un salto a la confianza en la potencia de Dios.

El mundo no lo salva quien hace todo correctamente, organizado, programado, sino personas, como los

santos, que saben ir al paso de Dios, dejándole entrar en las pequeñeces de nuestra vida, fiéndonos de que allí hace grandezas.

Luis Cruz //
weerapatiatdumrong - Getty
Images Pro

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-sv/gospel/evangelio-viernes-tercera-semana-tiempo-ordinario/> (16/02/2026)